



La viuda Durand

Por Jorge Edwards



Algunos amigos me preguntaron si aceptaría ser incorporado a la Academia de la Lengua y confesé que sí, que muy honrado. Ya tenía entendido que la Academia es uno de los sitios en que todavía se elige a los miembros por mayoría de votos. En esas condiciones, si la dicha corporación votaba por mí, me habría parecido un acto de presunción rechazar el nombramiento. Pensé que la noticia se prestaría a toda clase de malas interpretaciones entre mis colegas del extranjero, convencidos de que todo lo que sucede en Chile es de origen oficial. Todos los que hablamos en este angosta taja de tierra clamamos sujetos, en los tiempos que corren, a los juicios sumarios y simplistas. Es una fatalidad que jamás en pensive, por lo demás, a los chilenos del exilio. Así lo pude comprobar durante los seis años que viví en Barcelona. Pero qué le vamos a hacer. No es posible vivir paralizado por las imágenes exteriores a uno mismo. La convalecencia de nuestra sociedad consistirá en salir trabajosamente de la parálisis, de la polarización simplificadora.

Por lo demás, la idea corriente de las academias, como lugares de erudición inútil, de saber enquistado, no pasa de ser un prejuicio bastante común. Recuerdo una defensa de la Real Academia Española que hizo Camilo José Cela hace dos o tres años, en un momento en que todas las instituciones que habían sobrevivido durante los cuarenta años del franquismo estaban en fea de juicio. Cela demostró que la Academia había sido uno de los pocos refugios liberales de la España de la posguerra civil, donde se había conservado la libertad de opinar y donde se había llegado al extremo, muy difícil en aquella época, de conservar el sitio a los miembros del bando republicano.

Lo que ocurre, desde luego, es que pertenecer a una sociedad de personas cultivadas exige ciertas normas mínimas de conducta. Y se puede, sin ningún lugar a dudas, ser un gran escritor y tener un cero en conducta, así como también es posible la combinación contraria y todas las intermedias.

Honorato de Balzac aspiró apasionadamente a ocupar uno de los sillones académicos, pero tenía la mala costumbre de ir dejando deudas por todo París y de esconderse de sus acreedores bajo los disfraces más inusitados. La casa suya que visitan hoy día los turistas, en las colinas de Passy, quedaba en la primera mitad del siglo XIX en pleno campo, en un lugar de difícil acceso, donde Balzac solo abrió la puerta a los amigos que necesitaban una vivienda. Después, una vez

Las caricaturas de la época mostraban a Balzac llevado en hombros de sus admiradoras en la "gran carrera académica", mientras el suelo quedaba sembrado de candidades en forma de corazón que el rechazado novelista había abierto con su llave maestra. En buenas cuentas: afortunado en amores, pero desgraciado en cuestiones de dinero y en sus aspiraciones mundanas. En las paredes de la casa de Passy, puesta en un marco, hay una factura por diecisiete pares de guantes que compró de una sola vez y que no pagó nunca.

De todos modos, a pesar de su extravagancia y de su ligereza para suscribir documentos mercantiles, habría votado por Balzac si hubiera pertenecido a esa severa corporación francesa de hace más de un siglo. Prefiero declararlo desde ahora, para que no haya lugar después a malos entendidos.

En esos años, cuando un erudito del bano de los vencidos había firmado el prólogo a las notas de alguna edición de Cervantes o de Gongora, el libro circulaba con una sólida barra de tinta negra encima del nombre prohibido. Habría sido inconcebible que la prensa hablara con un mínimo de serenidad de personajes como Rafael Alberti, Pedro Salinas o Luis Cernuda. Se había llegado a evitar el uso de la palabra "rojo", incluso para describir clavetas o sangre toruna, y la ensalada rusa fue bautizada con otro nombre desprovisto de toda reminiscencia política. Pues bien, a pesar de eso, en el interior de la Real Academia los sillones vacíos de don Americo Castro y de don Salvador de Madariaga esperaban el regreso de sus dueños legítimos. Americo Castro murió en el destierro. Madariaga regresó después de la muerte de Francisco Franco y pronunció su discurso de incorporación en una ceremonia que había estado suspendida cuatro décadas debido al estallido de la guerra. El "deciamos ayer" clásico es muy adecuado para los países de historia accidentada, como lo son, por desgracia, todos los países que hablan en castellano.

En esto de las academias, creo que hay períodos buenos, períodos creativos, y épocas que podríamos llamar, con toda propiedad, de academismo. Cuando llegué a vivir a Francia, a comienzos de la década del sesenta, habían desaparecido grandes figuras como Paul Claudel o Roger Martin du Gard, y no habían sido reemplazadas. Los herejes del surrealismo continuaban siendo subversivos, enemigos del ingreso a cualquier institución. De modo que la Academia estaba formada por aristócratas aficionadas a las bellas letras, por generales en retiro y arzobispos en servicio activo. Los escritores brillaban por su ausencia. Algunos años después comenzó una renovación silenciosa, ingresaron Eugenio Ionesco, el dramaturgo del teatro del absurdo, y Claude

La viuda Durand [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La viuda Durand [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile